

BRUNO LATOUR: *Lecciones de Sociología de las Ciencias.* Barcelona: Arpa, 318 páginas.

Como casi siempre, las apariencias engañan. De hecho, el libro aquí referido va un poco de esto, de cómo lo que nos representamos como datos, referencias y, en general, ciencia, se erige sobre la ocultación -al fin y al cabo, una forma de engaño, aun cuando sea social y colectivo- de los procesos y modos de producción de la ciencia: con unos resultados tan aparentemente universales, penden sobre prácticas locales, muy locales. Cuando digo, en este inicio, que las apariencias engañan es porque nos encontramos ante un libro que, ojeado en la librería se muestra como un producto de divulgación, de lo que podríamos denominar entretenimiento inteligente, como esos que, durante muchos años, nos dieron a conocer trucos científicos o paradojas matemáticas. Sin embargo, es de una profundidad mareante, que toca el corazón epistemológico de la ciencia. De todas las ciencias, incluidas las sociales.

No es nuevo el tono provocador de Bruno Latour. Puede decirse que es su estilo. Refreshante, lo que es de agradecer. De hecho, su *Nunca fuimos modernos* (ahora más asequible en su edición argentina, en Siglo XXI, que en la muy temprana versión española) puede considerarse un hito en la esfera intelectual de los últimos tiempos.

Así, no ha habido pensador global de relieve -desde Sennet a Zizek- que no se haya pronunciado sobre este texto. Pero aquí puede creerse que se está ante un entretenimiento risueño, cabalgando en ese tono. Sobre todo, cuando uno se sumerge en unas primeras páginas que, abriéndonos el libro, nos hablan de puertas. Hablan de cerraduras y puertas. De las puertas de la ciencia. Traspasadas jocosamente -y casi sin esfuerzo en la lectura- esas puertas, se desemboca poco a poco en la pasión, en el compromiso con una definición de lo que es el conocimiento: “*Conocer no es explorar sino poder volver sobre nuestros pasos siguiendo el camino que acabamos de balizar*” (página 277). Las ciencias, como nos dirá más tarde (página 297), son las mediaciones (no el sentido).

Para quienes han seguido muy de cerca los pasos del filósofo-antropólogo-sociólogo (se presenta de las tres formas a lo largo del texto, concretando la debilidad de las fronteras) francés, el material presentado en *Lecciones de Sociología de las Ciencias* es seguramente conocido. Al fin y al cabo, se trata de una recopilación de trabajos ya publicados en revistas especializadas o, para decirlo con mayor precisión, de audiencias especiales y especializadas.

Para presentarlos a un público algo más amplio, los textos han experimentado leves retoques: referencias cruzadas a lo largo del libro, convirtiéndolo en un discurso unitario -y único- y guiños a un lector de más amplio espectro. Es, por lo tanto y siguiendo el estilo del propio autor, un texto nuevo y no-nuevo, conocido y original. Otro híbrido, en otra dimensión.

La primera parte se presenta como una sociología de los objetos de la vida cotidiana. Ahora bien, tal como se ha dicho y con la excepción del capítulo sobre los cinturones de seguridad, el objeto protagonista es la puerta. Puertas que muestran cómo las innovaciones tecnológicas (gateras) son el resultado de luchas y negociaciones implícitas, materializadas (“Retrato de Tomás el Gafe como filósofo de las técnicas”). Puertas con llaves-objetos que incorporan obligaciones morales (“La llave de Berlín”), lo que es seguido por llaveros que asumen la carga moral de dejar la llave en la recepción de los hoteles (“La carga moral de un llavero”) y puertas que incorporan mecanismos que, además de asumir esas cargas morales, son tan humanos como para ponerse en huelga, lo que deja ya sólo margen para encomendarse a Dios (“El botones está en huelga. Por el amor de Dios, cierren la puerta”). Hasta el texto sobre los cinturones de seguridad está relacionado con las puertas (del coche). Una sección relativamente blanda, abierta, hablando de puertas, como preámbulo para entrar en las durezas de lo que hacen los científicos y de la imagen de la ciencia.

Los científicos apenas duermen la noche previa a una conferencia, dudando sobre la mejor estrategia para presentar su posición, que ha de ser siempre diferenciada e “innovadora”, para obtener una identidad de trayectoria profesional, pero no tan diferenciada e “innovadora”, que pueda ganarse la exclusión o la enemistad

de poderosos enemigos (“La angustia del conferenciante por la noche en el hotel”). Los científicos escenifican sus resultados, narrando como lo haría un literato de ficción, a pesar de dar la impresión de una retórica objetivista y tratarse de riñones de hámster (“La ópera del riñón: escenificación y aplicación”). Los científicos seleccionan -y construyen- sus objetos de investigación como inversiones capitalistas, donde los beneficios -o pérdidas- se proyectan directamente en sus respectivas trayectorias profesionales y científicas (“Retrato de un biólogo como capitalista salvaje”). Los científicos tienen debates donde intercambian opiniones y, también, donde cambian de opinión en función de las modas o las lógicas sociales internas de la red de expertos en la respectiva materia (“Tres pequeños dinosaurios o la pesadilla de un sociólogo”). La segunda sección se dedica a todo lo que hacen los científicos, aunque muchos nieguen hacerlo.

Los tres capítulos que conforman la última sección se centran a la imagen científica, lo que incluye tanto el uso que hace la ciencia de la imagen -nexo con la búsqueda de objetividad- como el objeto al que se refiere la prosa del texto, de manera que es como si tal objeto accediese al propio texto (“El trabajo de la imagen o la inteligencia erudita redistribuida”; hasta la imagen de la propia ciencia en la sociedad, a partir de la interpretación de obras de Holbein, Messina y Le Bault, a las que pone a dialogar. No obstante, la columna vertebral de esta sección es: “El ‘pedófil’ de Boa Vista, montaje fotofilosófico”. Aquí, el trabajo de producción de datos, obtención de muestras y, sobre todo, realización de esquemas constituyen la referencia del antropólogo de la ciencia que es Latour. Texto sincopado a través de fotografías comentadas, que, a su vez, se convierten en la referencia de su propio trabajo de campo, de su propia

selección de muestras de su propio esquema.

Podemos encontrar en *Lecciones de Sociología de la Ciencia* la mayor parte del marco conceptual latouriano: traducciones encadenadas, hibridaciones humano/no humano, conscripciones (las acciones se vuelven silenciosas o el borrado de las mediaciones), la centralidad del *savoir-faire* y, en general, de la práctica, frente al fácil recurso -entre sociólogos- del contexto social, y la reivindicación del término interés para hablar de los “mertonianos y desinteresados” (entrecomillado nuestro) científicos. Conceptos que sirven para dar cuenta del modo de producción científica, comparándolo con la abstracta forma de describir tal producción científica. Conceptos, por lo tanto, para la denuncia y el análisis del proceso que va desde la recogida material de la muestra -local, irremediamente local- a la universalización del texto científico. Denuncias de viejos tics, ya conocidos, como la banalidad de la distinción entre contexto de descubrimiento y contexto de justificación. Nos habla de cómo se construyen los referentes en la ciencia dentro de una paradoja, de la que es consciente el autor, ya que él mismo está construyendo referentes de cómo la ciencia construye referentes.

Una obra de interés, excitante, que, a pesar de varios guiños contra Foucault, nos inserta en los regímenes de representación de la ciencia. Una obra entretenidamente seria o seriamente entretenida. Sin embargo, resulta paradójico que un libro sobre las traducciones -ciencia/sociedad, naturaleza/artificial/ sujetos/objetos, objeto-cosa/objeto-signo- tenga una traducción y una puesta en escena con tantos defectos. Sumamente mejorable la traducción y la edición. ¡Tal vez sea una llamada de atención sobre los ruidos que genera la traducción! Uso de términos inexistentes -interficie, repertoriar-sintaxis descoordinadas, párrafos que llegan a hacerse incomprensibles (véase el pie de la figura 11.16). Esta traducción parece haberse convertido en el antiprograma de la acción divulgativa. Ahora bien, interpretando lo que, en principio, nos parecía una nueva pifia –“con margen de erro [sic] de algunas consonantes” (página 297)- tal vez estemos ante un nuevo truco de Latour y sus traducciones.

Javier Callejo
(UNED)